

PREGON DE LAS FIESTAS A SAN VICENTE FERRER 2017¹

por **Francisco Borrás Sanchis**

“Os digo que, si estos callan, gritarán las piedras” (Lc 19, 40)

“Temed a Dios y dadle gloria,
porque ha llegado la hora de su juicio” (Ap 14, 7)

Las dos frases citadas, una dirigida por el Señor el Domingo de Ramos a los fariseos, cuando le pedían que acallase las voces de sus discípulos, quienes “llenos de alegría, comenzaron a alabar a Dios a grandes voces” (Lc 19, 37), y la otra tomada del Apocalipsis y muy repetida por nuestro patrón y paisano San Vicente Ferrer, hasta tal punto que reproducida en una filacteria forma parte de su iconografía, anhelo guíen este pregón anunciador de las fiestas anuales que, en su honor y memoria, celebra todos los años la ciudad que le vio nacer, *Cap i casal del Regne de Valéncia*.

Dichas expresiones, siempre actuales por ser Palabra de Dios, deberían resonar con fuerza en los tiempos que nos ha tocado vivir. Porque, al igual que entonces, también ahora las voces de la cultura dominante piden de nuevo que callemos –y si “estos”, sus discípulos, hoy nosotros, callamos “gritarán las piedras”, o sea, los elementos de la naturaleza, sonidos que a veces parecen ya escucharse–, al tiempo que se ha perdido el santo temor a Dios olvidando sus mandamientos, pérdida u olvido cuyas nefastas consecuencias estamos sufriendo en nuestro día a día: corrupción, sectarismos, ambición de poder más para servirse que por servir, intentos de arrinconar a Dios, exaltación de la inmoralidad, etc., etc. Y conste que, bien entendido, “temor a Dios” no es “miedo a”, sino “respeto o reverencia a”, en definitiva: hacerle un hueco preferente a Dios en nuestras vidas, garantía de auténtica felicidad según anuncia el salmista: “Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos” (Sal 128). Respecto al juicio particular de cada uno que precede al del final de los tiempos, todos lo tenemos cerca aunque no sabemos ni el día ni la hora (cfr Mt 24,36) y después, creamos o no creamos, queramos o no queramos, cielo eterno o infierno eterno; es posible que el año próximo alguno o algunos de los que ahora estamos aquí no lo esté por haber llegado su momento, puede ser cuestión de meses... de semanas... podría ser incluso esta misma noche... Si se diera o cuando se dé el caso, ¿estamos preparados? De ahí la urgencia a la conversión continua predicada por San Vicente, y tan recordada por la Iglesia en este tiempo de cuaresma que estamos celebrando y toca a su fin.

Pido a Dios, de quien todo bien procede, surjan pronto nuevos Vicente Ferrer, que iluminados y guiados como él por el Espíritu, se conviertan en ardientes evangelizadores, anunciadores de la Palabra, formadores de rectas conciencias y

¹ Pronunciado en la Parroquia de los Santos Juanes, de Valencia, el día 8 de abril de 2017, Sábado de Pasión.

apóstoles de la verdad, la paz y la unidad entre personas, familias o pueblos, como lo fue en su día el santo dominico valenciano. Y lanzo un interrogante al aire, ¿no estaremos llamados nosotros, los que nos consideramos sus devotos, a ocupar ese lugar y prolongar ahora el eco de su voz? “El que tenga oídos para oír que oiga” (Mc 4, 23; cfr Mt 13,9 y 11,15).

* * *

Rvdo. Sr. Cura de la Parroquia de los Santos Juanes,
Honorable Clavarriesa de las fiestas vicentinas,
Clavarriesa Mayor de *l'Altar del Mercat*,
Junta Central Vicentina,
Presidenta y Junta directiva de *l'Associacio de l'Altar del Mercat*,
Cavallers Jurats de Sant Vicent,
Damas Vicentinas,
Presidentes y Clavarriesas o Clavarios Mayores de otros altares hermanos,
Asociaciones y Entidades presentes,
Ilustres invitados,
Señoras y señores, *¡Bona Gent!*:

Quisiera, en primer lugar, depositar aquí, a los pies del altar donde se celebra el Santo Sacrificio, las palabras dichas en la presentación sobre mi persona. No desearía que las mismas hubieran despertado en ustedes expectativas infundadas, ni que la vanidad —que *com dia Sant Vicent “va i be, pero no es deté”*— anide en mí. A la infinita generosidad de la Divina Providencia debo lo poco que soy y valgo, o los escasos talentos que poseo, esperando sólo a que el día del juicio pueda devolverle al Supremo Hacedor otras tantas monedas, y ser admitido en el gozo de mi Señor (cfr Mt 25, 20-23 y Lc 19, 16-19). Por eso uno mi pequeñez a la grandeza del sacrificio redentor de Cristo en la Cruz, como ofrenda grata al Padre celestial.

* * *

Dada su excepcional importancia y actualidad, permítanme que más que glosar la “fiesta” me centre en el motivo que da origen a la misma, esto es: la figura de San Vicente Ferrer. San Vicente Ferrer, además de santo, es el valenciano más universal que ha dado la historia; y su personalidad, justamente agigantada con el paso del tiempo, se convierte hoy en un faro luminoso, una referencia o modelo a seguir, máxime si observamos la gran similitud y, a la vez, profundas diferencias, existentes entre la época que él vivió y los tiempos presentes.

Recordemos que San Vicente Ferrer, según los estudios y cálculos más aceptados, nace en Valencia el 23 de enero de 1350,² y fallece en Vannes el 5 de abril

² SANCHIS Y SIVERA, José “Historia de San Vicente Ferrer”, Librería de los sucesores de Badal, Valencia, 1896, págs. 29 a 36, y 423 donde repite su edad al fallecer. Hay discrepancias entre historiadores y biógrafos al fijar el día de su nacimiento, pues el mismo no consta documentalmente y debe deducirse de hechos ciertos de su vida en los que se anota la supuesta edad que tenía al momento. Dado que, seguro, San Vicente murió el 5 de abril de 1419, y según consta en el proceso de canonización vivió 69 años 2 meses y 13 días, si restamos, su nacimiento sería el indicado 23 de enero de 1350, y ambas fechas (desde la que se parte y a la que se llega) del año de la Natividad, que cubre casi toda su vida.

de 1419, “dies natalis” del que dentro de dos años se cumplirá el VI Centenario. Su existencia, por tanto, tiene lugar en la segunda mitad del siglo XIV y las dos primeras décadas del XV. Estamos en un momento crucial de la historia, donde se producen los estertores de una Edad Media que toca a su fin, y se atisban las galanuras de un Renacimiento que, procedente de Italia, va a entrar en España precisamente a través del Reino de Valencia; una época de profundos cambios, que vive las convulsiones propias de toda alteración radical, con pugnas entre familias, bandas y estamentos, por conservar o derribar privilegios, tanto en el ámbito civil como en el religioso.

Cuando San Vicente viene al mundo, todavía están vivas en la ciudad de Valencia las cicatrices de la Guerra de la Unión, así como las desastrosas consecuencias de una de las calamidades más grandes de la historia: la peste negra o bubónica que diezmó literalmente la población europea y de la cual falleció en la villa de Jérica (Castellón) la reina doña Leonor de Portugal, segunda esposa de Pedro el Ceremonioso.³ el Reino de Valencia perdió un tercio de sus habitantes, con más de trescientos entierros diarios en la Ciudad de Valencia.

Ya en vida de San Vicente, tenemos las tres guerras de los dos Pedros: Pedro el Cruel de Castilla,⁴ contra Pedro el del *Punyalet* de Valencia;⁵ el Cisma de Occidente, con hasta tres papas al mismo tiempo, y el asalto y robo de la judería. Para la gente

En su análisis, SANCHIS Y SIVERA aporta un nuevo factor a considerar que cree puede modificar dicho cálculo, cual es el cambio de referencia para contar los años que tuvo lugar en vida de San Vicente. En efecto, a lo largo de la historia han sido varios los modos utilizados por el hombre para contabilizar el paso del tiempo; desde al menos el siglo XII en la Corona de Aragón regía el “año de la Encarnación” que inicia año cada 25 de marzo y acaba el 24 de marzo siguiente, pero una pragmática del Rey Pedro el Ceremonioso manda que en sus dominios se empiece a contar los años el 25 de diciembre (año de la Natividad), norma que se aplicó en el Reino de Valencia al acabar el año de la Encarnación 1357 el 24 de marzo; el día siguiente, 25 de marzo, fue el primero en computar el año de la Natividad 1358 que concluyó el 24 de diciembre. En una teoría, considerada por los historiadores equivocada, el autor opina erróneamente que el citado año 1358 tuvo 90 días menos (los iniciales 25 de diciembre al 24 de marzo ambos inclusive), por lo que si se quiere trasladar la fecha de nacimiento deducida en el párrafo anterior, 23 de enero de 1350 del año de la Natividad, al año de la Encarnación (el que regía al momento de nacer), la misma debería ser 90 días antes y anota el 24 de octubre de 1349, cálculo a su vez incorrecto o errata de imprenta pues, salvo equívoco por nuestra parte, repasando las operaciones citadas nos llevan al 25 (y no al 24) de octubre de 1349 del año de la Encarnación.

Sin embargo este original planteamiento nace de una notoria confusión: el cambio de referencia no implica acortamiento de días (todos los años tienen 365 y los bisiestos 366 yendo correlativos uno tras otro), sino una modificación en las fechas de inicio y fin y, en el caso concreto de los años de la Encarnación y la Natividad de la era cristiana (cuya diferencia es menor a un año), según la aplicación antes descrita llevada a cabo para efectuar el cambio, ambos coinciden entre el 25 de marzo y el 24 de diciembre (son el mismo año tanto si se refieren a la Encarnación como a la Natividad), solapándose el resto de uno con el año anterior o posterior del otro, de manera que los acontecimientos datados entre el 25 de diciembre y el 24 de marzo se adelantan un año al pasar de la Encarnación a la Natividad y se atrasan un año en caso contrario. De ahí que la fecha correcta de nacimiento de San Vicente, aplicándose el año de la Encarnación, sería el 23 de enero de 1349 (aunque se debe mantener 1350 por cálculo de años de vida).

Si bien no altera las fechas citadas, atendiendo a lo dispuesto en el Calendario Gregoriano del Papa Gregorio XIII, desde 1582, en tiempos de Felipe II, rige en España (hoy también en la mayoría del mundo occidental) el año de la Circuncisión, que comienza los años el 1 de enero, volviendo al criterio de inicio y fin ya utilizado por los romanos aunque con diferentes referencias: entonces se contaba desde la fundación de Roma y ahora desde la venida de Nuestro Señor Jesucristo o inicio de la era cristiana, con las tres variantes principales que se han mencionado: Encarnación, Natividad y Circuncisión.

³ Pedro II de Valencia y IV de Aragón (Balaguer, Lleida, 1319 – Barcelona, 1387), reinó de 1336 a 1387.

llana del pueblo aquello es, sencillamente, el fin del mundo, y quizá no andaban descarriados (*vox populi, vox Dei*); hay autores que así lo creen,⁶ los cuales vienen a sostener que la providencial intervención de nuestro Santo, enviado por Dios como un nuevo profeta –según anunciaron los prodigios obrados cuando todavía estaba en el seno materno– y su eficaz llamada a la conversión y a la penitencia, que tan buenos resultados produjo, lo evitó, apaciguando la justa ira divina, tal como ocurrió con Jonás y la ciudad de Nínive (cfr Jon 3,10). No olvidemos, además, que fue a raíz de una visión celestial, acontecida el 3 de octubre de 1398 y que le sanó al instante estando gravemente enfermo, cuando San Vicente, en cumplimiento del mensaje recibido en ella, decide abandonar la corte pontificia de Aviñón, y dedicarse de lleno a predicar como “*Legado a latere Christi*”, es decir: “enviado de parte de Cristo”.⁷

Si pasamos de aquella época a la nuestra, aunque el progreso material experimentado desde entonces –al menos en nuestra sociedad occidental– ha sido impresionante, no dejan de repetirse ciertos paralelismos: de nuevo nos encontramos en unos momentos de globalizados cambios radicales y acelerados, donde los descubrimientos técnicos y científicos endiosan a la persona, alumbrando una sociedad postmoderna que prescinde de Dios y encumbra nuevos becerros de oro en forma de poder, riqueza y búsqueda de placer a toda costa, para lo que no duda en recurrir a nuevas esclavitudes, sea la trata de seres humanos, o el empleo de drogas y otras dependencias que anulan la personalidad del hombre.

Todavía siguen vivas, o algunos pretenden avivar en nuestra patria, las cicatrices de la guerra civil de 1936, con riesgo de que zozobre el gran acuerdo pacificador que supuso la Constitución de 1978; todavía en nuestro mundo, pese a los avances indudables de la medicina, existen y se multiplican plagas como el Sida o el Ébola; todavía hoy el afán de dominio y conservación de privilegios, provocan nuevas guerras con empleo de sofisticados y letales armamentos de imprevisibles consecuencias, lo que unido a la avaricia y al egoísmo en la explotación sin freno de los recursos naturales, amenaza la sostenibilidad del planeta como advierte el Papa Francisco en la encíclica “*Laudato si*”. Son bastantes quienes afirman que el pretendido progreso y el endiosamiento actual del hombre, pueden estar cavando su propia tumba; Dios no consienta se repita lo que sucedió en la ya mencionada ciudad de Nínive, la cual no perseveró en la buena conducta y acabó destruida. No creamos que se trata de un hecho aislado: a lo largo de la historia grandes pueblos y civilizaciones han sucumbido víctimas de sus propios excesos, al no respetar el orden natural, pervertir los valores e implantar el hedonismo desenfrenado como norma de vida, dando rango de ley o derechos a lo que no dejan de ser auténticas aberraciones;

⁴ Pedro I de Castilla, llamado también “el justiciero” (Monasterio de Santa María del Real de las Huelgas, Burgos, 1334 – Castillo de Montiel, Ciudad Real, 1369), reinó de 1350 a 1366.

⁵ Otra denominación, junto a la de “el Cereemonioso”, de Pedro II de Valencia, citado en la llamada 3.

⁶ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de …”, págs. 311 y 312. Según indica, citando a San Antonino, hay dos tipos de profecías: *definitivas* o *absolutas*, que sucederán irremisiblemente, y *condicionadas* o *conminatorias*, si se cumplen determinados requisitos. Este sería el caso de San Vicente. El fin del mundo estaba cerca si los hombres no se arrepentían y hacían penitencia pues, como afirma San Ambrosio “Si tú supieres enmendar tus culpas, también sabrá Dios enmendar su sentencia”.

⁷ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de …”, págs. 146 y ss.

síntomas evidentes de una decadencia que también ahora, ante nuestro consentimiento o pasividad, por acción u omisión, están reverdeciendo de nuevo. Ojalá podamos reaccionar a tiempo antes de que sea demasiado tarde.

Y, junto con los paralelismos citados, hay dos diferencias esenciales entre los tiempos de San Vicente y los nuestros: si entonces la agonizante Edad Media dio paso a un Renacimiento humanista, ahora, esta sociedad postmoderna, parece querer alumbrar una nueva etapa, donde la ciencia y la técnica pueden dominar a la persona humana. Si en aquellos tiempos la presencia de San Vicente Ferrer resultó providencial –como he anticipado y vamos a intentar ver–, en nuestra época no se detecta y se necesita la presencia de nuevas personas, que mantengan vivo el espíritu y el legado que nos transmitió nuestro santo Patrón.

* * *

De San Vicente Ferrer se recuerdan, fundamentalmente, tres facetas: la cantidad de milagros en los que intervino, su labor de predicador, y su visión de estadista y pacificador. Vayamos por partes.

1º) San Vicente taumaturgo. En su proceso de canonización declararon más de 400 testigos,⁸ pasando de 860 los milagros recogidos.⁹ La fama de los mismos fue tal, que en 1461, apenas seis años tras ser proclamado santo, *Joan Garrigues* levantó en la calle del Mar lo que hoy llamamos un “altar”, para recordar con gratitud el prodigo obrado cerca de allí en favor su antepasado *Tonet Garrigues*. Después se escenificaría con figuras o bultos para, más adelante, representarse en forma de obra teatral espontánea o improvisada por los niños de la zona, precisamente porque el hecho aludido tuvo lugar siendo beneficiario y benefactor niños de 5 y 9 años de edad,¹⁰ extendiéndose paulatinamente esta costumbre de levantar “altares” a otros

⁸ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”. Esta información figura en dos lugares distintos con una ligera variación: al relacionar la causa, si se suman las comparecencias en cada una de las cuatro partes en que se dividió, alcanzan 402 testigos (págs. 431 y 432); mientras que si hacemos lo propio con lo descrito en la transcripción de la bula de canonización, se llega a 404 (pág. 441). La diferencia está en el proceso de Aviñón, donde indican 16 testigos en el primer caso y 18 en el segundo.

⁹ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”. En la parte del proceso de canonización desarrollado en Aviñón llegó un momento en que su gran número impidió seguir contabilizándolos y describirlos (pág. 431) y, en los dos consistorios de cardenales celebrados al efecto, se asegura a Su Santidad haber hallado “más de ochocientos sesenta milagros comprobados” (pág. 433). De hecho, en contra de lo habitual en estos casos y dada su abundancia que excede los límites de este tipo de letras, la bula de canonización no los relaciona, pero ordena, para perpetua memoria, guardar toda la documentación en la Iglesia de Santa María “supra Minerva” de Roma (pág. 443), sede de la Curia General de los Dominicos, de donde posteriormente desaparecieron, si bien en Vannes se conserva el proceso de Bretaña y en la Universidad de Valencia copia de unos fragmentos de los de Tolosa y Nápoles (pág. 432). La aludida pérdida de los documentos del proceso tuvo lugar durante el saqueo de Roma, llevado a cabo el 6 de mayo de 1527 por los mercenarios luteranos alemanes al servicio del ejército imperial de Carlos V en la llamada guerra contra la Liga del Cognac.

El mismo SANCHIS Y SIVERA recoge en este libro una alusión indirecta efectuada al respecto por el propio San Vicente: en una de sus intervenciones en la Catedral de Salamanca, alguien de los oyentes le pidió señales o pruebas que avalaran lo cierto de cuanto predicaba, contestándole el santo “¿qué más señal os puedo dar que los tres mil milagros o más que por la misericordia de Dios ha obrado este pecador que está delante de vosotros?” (pág. 299).

¹⁰ Según refleja un acta notarial de 1359, vista por el historiador M. Diago y citada por SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”, pág. 52 y 53.

barrios y pueblos de alrededor, así como ampliando la lista de milagros a representar. Manifestaciones religiosas, culturales y populares, en memoria y homenaje a San Vicente, que consta se celebraron ya en 1638 con motivo de las fiestas del IV Centenario de la conquista de Valencia,¹¹ y aún hoy se mantienen a Dios gracias vivas y pujantes; los textos más antiguos que se conservan son de principios del siglo XIX.

Al tiempo que reconozco la importancia de esta varias veces centenaria tradición, la cual debemos mantener como una deuda de agradecimiento hacia nuestros benditos antepasados que la iniciaron, conservaron contra viento y marea, y nos la han transmitido fielmente; también proclamo nuestra obligación, respecto a las generaciones que nos siguen, de transmitirla en toda su pureza y significado, atendiendo más al fondo y espíritu original –que es lo importante– y no a las formas con que se desarrolla –que pueden ser transitorias–.

En este aspecto he de advertir honestamente de tres peligros: el primero, la denominación breve y directa “milagros de San Vicente”, que objetivamente debería ser “milagros obrados por Dios a través de San Vicente”; segundo, el hecho de que al representarlos gente de corta edad pueda, para el que los contempla, dar la impresión de tratarse o ser “cosa de niños”, cuando es algo muchísimo más serio; y, tercero, que su promoción y mantenimiento pueda caer en manos de quienes no busquen destacar la figura y obra del santo, sino otros intereses, como, por ejemplo, defender una posición concreta ante ciertas tendencias lingüísticas. Es verdad que no poseo el antídoto para atajar estos peligros, pero creo es mi obligación prevenir y advertirlos.

2º) San Vicente predicador. Destaca en él el don de lenguas, esto es: su capacidad carismática para hacerse entender por auditórios dispares, utilizando en la exposición doctrinal de sus sermones el bajo latín tardomedieval, hábilmente combinado con el lenguaje vernáculo, para detallar la aplicación de la doctrina en la vida cotidiana de los oyentes, así como el hecho cierto de que se le escuchaba bien de lejos sin ensordecer a los que estaban cerca. Además de estas dotes sobrenaturales, San Vicente tenía la máxima de hablar lo justo –a veces varias horas seguidas–, hablar bien y hablar a tiempo. Sus palabras, fruto de una estudiada preparación y oración previa, eran persuasivas y concisas, acompañadas de silencios, cambios de tono, gestos, imágenes o escenificaciones, que entraban por los ojos e iban directamente al corazón, de ahí que todos lo comprendieran aunque hablaran otros idiomas, siendo las conversiones al instante y multitudinarias. Hay una anécdota que no me resisto a exponer: atraído por la fama de sus sermones, Mohamet-Aben-Balva, rey nazarí de Granada, quiso escucharlo en directo y lo llamó a predicar en sus dominios; fue tal el eco de sus intervenciones que pronto, el mismo rey que lo había invitado, le instó a marchar de sus tierras al comprobar que súbditos y altos dignatarios comenzaban a ser influidos por sus palabras.¹² Hay otra realidad que estremece con solo pensarlo: en todos los lugares de Europa donde predicó San Vicente no entró después la reforma protestante.

¹¹ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”, pág. 473.

¹² SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”, págs. 195 y 196.

La manera de hablar de San Vicente Ferrer, objetiva y de recta intención, contrasta vivamente con el lenguaje altisonante aunque vacío empleado con demasiada frecuencia en nuestros días, donde a falta de propuestas positivas concretas, abunda la murmuración y la crítica despiadada contra el otro, según podemos comprobar hasta la saciedad, por ejemplo, en cada campaña electoral: decir y prometer lo que la gente quiere escuchar, aunque después, a conciencia, no se vaya a cumplir. Dentro de este terreno del uso de las palabras, hay dos aspectos que es obligado denunciar. En primer lugar, nuestra necesidad al haber apartado toda referencia a Dios o a lo sagrado de nuestro vocabulario habitual; así, para ser “modernos” y por miedo o vergüenza a que nos llamen “beatos”, hemos sustituido el “buenos días nos de Dios”, por el simple “buenos días”; el “vaya usted con Dios” o abreviadamente “adiós”, por el insulto “chao”; el “Ave María Purísima” al entrar en las casas –que por desgracia ya nadie responde–, por “buenas” u “hola”, etc., etc. Y, en segundo lugar, la aceptación del lenguaje “políticamente correcto” hoy en boga, el cual manipula intencionadamente las palabras, se apropiá del significado de ciertas expresiones, y desvirtúa o suaviza su contenido según le conviene; es el caso, entre otros muchos, de las palabras “libertad”, “progreso” o “derechos”, utilizadas para justificar o amparar actitudes totalmente opuestas, como pueden ser el libertinaje de todo tipo, o atentados flagrantes contra la familia, la vida y la dignidad del ser humano.

3º San Vicente estadista. Si a las masas las enardecía con su potente voz y un lenguaje e imágenes impactantes, en la negociación a corto, además de su autoridad moral, brillaban la paciencia, ecuanimidad, formación en leyes, rectitud de conciencia y sereno juicio, atendiendo siempre al bien común; por ello se solicitaba constantemente su presencia para apaciguar pugnas entre familias, discordias entre pueblos y divisiones en la Iglesia, convirtiéndose en un verdadero apóstol de la unidad.

Por ser tema candente, merece destacarse su decisiva intervención en el Compromiso de Caspe, que puso los cimientos de la entonces futura –hoy actual– unidad política de España, lograda después por los Reyes Católicos en 1492, dando lugar a la primera nación del mundo en el sentido moderno de la palabra, y recuperando al mismo tiempo la primitiva unidad independiente alcanzada por Leovigildo en el año 585, puesta a su vez en la senda de la fe cristiana por su hijo Recaredo durante el tercer Concilio de Toledo en el 589. Una unidad plurisecular, España y fe cristiana, que, mal que pese a los infiernos, ha constituido y constituye el mayor timbre de honor de nuestra patria, y ha forjado las más brillantes páginas de su historia.

Esta simbiosis de Patria y Fe en España hunde sus raíces en los tiempos de su primera evangelización. Cuenta la tradición que cuando el apóstol Santiago desfallecía en su tarea de predicar, la Virgen María, Reina de los Apóstoles, se le apareció en carne mortal para animarle a continuar, y voluntariamente, como Madre amorosa, se quedó para siempre en espíritu alentando a los “Santiagos” de cada momento histórico. Una protección a la que acudía San Vicente Ferrer, iniciando sus sermones con el saludo angélico del Ave María, tras las citas bíblicas en las que se iba a centrar

y antes de desarrollarlas; costumbre por él instaurada y vigente hasta hace poco tiempo. Lo cierto es que a nuestro país se le conoce y fue definido por San Juan Pablo II como “tierra de María”,¹³ su número de ermitas y santuarios marianos no tiene parangón en el mundo entero; el dogma de la Inmaculada es el dogma de España, de la cual es patrona desde antes incluso de su definición dogmática; y todos los países de habla hispana, así como las diócesis y provincias españolas, tienen una advocación mariana por patrona. *Mare dels Desamparats, acull i protegix a “la patria valenciana [que] s’ampara baix ton mant”,¹⁴ i fes que per sempre siga realitat i pugam cantar-te: “en terres valencianes la fe per Vos no mor, i vostra Image Santa portem sempre en lo cor”.*¹⁵

Hoy, por el contrario –y me salgo del guion porque necesito decirlo–, al menos en apariencia y ojalá me equivoque, España se encuentra a la vanguardia de una soterrada campaña de guante blanco, cuyo objetivo último es arrinconar y, si fuera posible, hundir a la Iglesia. Una España donde se respira una profunda Cristo-fobia y animadversión hacia la Iglesia, donde los grupos de poder imperantes, unos de derecho por acción fanática, y otros de hecho por omisión cobarde olvidando incluso sus promesas, reniegan de la fe, abominan del legado cristiano que forma parte de nuestra identidad como pueblo, y atacan a la iglesia católica, legalizando, cuando no fomentando descaradamente por ir en contra de su doctrina, el aborto, la mal llamada ideología de género, el divorcio “expres”, la equiparación a matrimonio de la unión entre personas del mismo sexo, o la eutanasia que viene; obstaculizando la libertad y el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus propias creencias, y otras disposiciones de aire totalitario que atentan al ser y esencia de la persona humana, a quien convierten en títere o marioneta de idearios nacidos “del poder de las tinieblas” (Lc 22, 53). Haciendo uso del dicho “divide y vencerás” y emulando al diablo, “mentiroso y padre de la mentira” (Jn 8, 44), no dudan en tergiversar y falsear intencionadamente la historia en las aulas, para fomentar desde niños la división y el odio, propiciando para un futuro –quizá por desgracia casi presente– la desintegración de la patria común.

* * *

Hasta aquí hemos intentado –y vuelvo al argumento del pregón– trazar unas breves pinceladas sobre el ambiente en el que vivió San Vicente Ferrer, y lo más destacado de su fuerte compromiso con la sociedad de su tiempo. Un ambiente que hasta cierto punto parece repetirse, y una figura sin par que desgraciadamente no aflora de nuevo; es más: en dos ocasiones a lo largo de mi intervención he aludido a la urgente necesidad de que surjan en nuestros días nuevos Vicente Ferrer, personas comprometidas como él y en su misma línea. Personas que, por supuesto, no van a salir de las filas de sus críticos o detractores –salvo que se dé un caso de conversión extraordinaria como el de Pablo de Tarso–, sino que deben brotar de entre nosotros, sus fieles o devotos.

¹³ Despedida de su primer viaje apostólico a España. Aeropuerto de Labacolla, Santiago de Compostela, 9 de noviembre de 1982.

¹⁴ Del Himno de la Coronación canónica de la Virgen de los Desamparados.

¹⁵ Ibid.

Y lo primero, para poder seguir fielmente su estela, es ver qué hacía San Vicente Ferrer que no hacemos nosotros y cómo lo hacía; averiguar de dónde nace la fuerza interior que impulsó e hizo fructificar de manera tan notable su labor apostólica y social, e intentar aplicarlo en nuestra vida; es más, ayudarme y ayudarlos a buscarla es el motivo por el que he aceptado estar hoy aquí hablándoos. Porque, más que conocer su vida y milagros —que es importante y muchos sabéis mejor que yo—, debemos encontrar dónde arranca la fuerza de su predicación o la enorme convicción de sus palabras; su portentosa visión de futuro; la facultad de realizar prodigios. Ahí está el *quid* de la cuestión, descubrir ese secreto —que no lo es tanto— e intentar asimilarlo, porque en el fondo todos podríamos hacerlo; todos, absolutamente todos, estamos llamados a ser santos (cfr Jn 17, 19; 1 Pe 1, 15-16). Para ello derramó Cristo su sangre, pagando un precio muy alto por nuestra salvación (cfr Rom 5, 9 y ss.; 1 Pe 1, 18-19).

¿Y dónde está ese secreto? Pues lo vamos a resumir en tres palabras: oración, formación, sacrificio. Analicémoslas, pero en el orden inverso:

1º) Sacrificio.— San Vicente mortificaba su cuerpo y normalmente era seguido por grupos de disciplinantes o penitentes. No nos quedemos en la anécdota. El objetivo de la mortificación no es sufrir por sufrir, sino lograr el dominio de uno sobre sí mismo, a fin de orientar la vida siempre en positivo hacia el bien auténtico de la persona y su dignidad como imagen y semejanza de Dios. Esto es lo importante; lo demás puede cambiar. Y si en algún tiempo eran sacrificios de tipo físico: los cilicios, dormir sobre tablas, ayunar, o utilizar una piedra como almohada, hoy quizás nuestra cruz más bien sean renuncias psíquicas, y haya que insistir en fomentar el diálogo y la comprensión entre los esposos —cuya ausencia puede provocar rupturas u originar la violencia doméstica—, el cuidado y atención a los padres y ancianos —que a veces, como mucho, los “aparcamos” en residencias donde, si no se les visita muy a menudo, les corre la soledad y la nostalgia de cuando vivían en familia—; el compartir más horas con los hijos —y no buscarles tantas actividades fuera de casa para tenerlos ocupados—; el saludar y preocuparnos de vecinos y gente que nos rodea —cuanto hiciereis a uno de estos a mí me lo hacéis (cfr Mt 25, 40 y 45; Mt 18, 5; Mc 9, 37; Lc 9, 48)—, etc. etc.

Y me atrevo a preguntarme y preguntaros: ¿soy o somos de los que aceptamos nuestra pequeña cruz de cada día, o de los que pedimos al Señor una cruz mayor porque la pequeña que nos da resulta insoportable? Pues esto es lo que dice el Maestro: negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguirle (cfr Mt 10, 38; Mt 16, 24; Mc 8, 34; Lc 9, 23).

2º) Formación o conocimiento de la Palabra de Dios.— San Vicente dedicaba varias horas del día, más que a la simple lectura, al estudio en profundidad de las Sagradas Escrituras. Resulta asombroso hojear en el archivo de la Catedral de Valencia la Biblia que él utilizaba, llena de notas al margen escritas de su puño y letra en latín, como el original —el cual dominaba junto con algo de hebreo—,¹⁶ relacionando especialmente en el Nuevo Testamento unos pasajes con otros, prueba de mucho

¹⁶ SANCHIS Y SIVERA, J. “Historia de ...”, págs. 190 y 192

análisis y meditación de la Palabra de Dios. Es más, dedicó muchos años de preparación antes de lanzarse a recorrer el mundo. Tenía 50 años cuando comenzó su predicación por Europa. Pero, cuando lo hizo, sus “alforjas” estaban llenas –“de lo que rebosa el corazón habla la boca” (Mt 12, 34)– y sus frutos no se hicieron esperar. Repito: preparación y llenarse, para después poder dar y convencer. Con lo que estoy diciendo no descubro nada nuevo: en cierta ocasión una mujer del pueblo piropeó a Jesús diciéndole: “Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc 11, 27), pero Él, sin desmerecer un ápice lo anterior, contestó: “Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen” (Lc 11, 28). Esta respuesta tiene su lógica y no nos debe extrañar: el ser su madre, con toda la grandeza que ello implica, es un don especial y singular, un hecho único e irrepetible; mientras que, el aceptar y asumir como propia la Palabra de Dios, es una respuesta personal de cada uno que transforma nuestro ser, una gracia que todos tenemos a nuestro alcance y que, además, logra su plenitud en la Santísima Virgen María, verdadero modelo a seguir o imitar, y ejemplo perfecto de cumplimiento de la voluntad de Dios.

Y vuelvo a preguntar: ¿cuántos minutos al día –repito “minutos”, no horas– dedicamos a la lectura y meditación de la Palabra de Dios?, ¿cómo están nuestras “alforjas” de llenas para poder comunicar y transferir? Cada uno responda en su interior.

3º) Oración continua y confiada.– San Vicente era hombre de oración. Además del Oficio Divino, propio de las personas consagradas, todos los días dedicaba muchas horas al diálogo con Dios, un diálogo de hablar y, sobre todo, escuchar, recibir, empaparse... Su acción de gracias tras recibir la Sagrada Comunión en la Santa Misa era larga, y parte de la noche la pasaba en vela meditando y conversando con el Señor.

Fruto de esta unión tan íntima fue una confianza ciega y una fe capaz de mover montañas (cfr Mc 11, 23-24). A tal grado de “complicidad” llegaron (permítaseme la expresión), que Dios lo utilizó como instrumento suyo para la realización de milagros. Porque los milagros no los hacen los hombres, los milagros los hace Dios. Sólo que Dios, que es todopoderoso y no necesita ni de nada ni de nadie, en su humildad quiere pasar como desapercibido y que su gracia llegue a los hombres a través de los hombres, y en el caso que nos ocupa, en perfecta sintonía, donde Dios derramó la gracia, San Vicente puso la voz, los brazos y el trabajo, para que la misma fructificara.

Y pregunto por último, ¿cómo vamos nosotros con la oración? Es cierto que los tiempos y las circunstancias son distintas. Pero, al menos, ¿nos santiguamos por la mañana?, ¿hacemos un pequeño ofrecimiento de obras?, ¿bendecimos la mesa?, ¿rezamos algo por la noche al acostarnos?, ¿vamos a Misa los domingos y fiestas de guardar?, ¿damos un mínimo de gracias tras la Comunión o salimos de estampida al acabar la Eucaristía? En otras palabras ¿nos acordamos de Dios sólo cuando tenemos una necesidad apremiante, acudiendo a Él de prisa con un monólogo y, en vez de exponer y escuchar, lo que pretendemos es imponer una solución concreta, a

veces hasta con chantaje?, ¿cómo vamos a conseguir favores o milagros si, en la mayoría de las ocasiones, en lugar de pedir que se haga su voluntad, lo que pedimos es que se haga la nuestra, aunque quizá no sea lo que nos conviene?; si nosotros, siendo malos, jamás daremos a conciencia cosas malas a nuestros hijos ¿cómo nuestro buen Padre Dios nos va a dar algo que nos perjudica? (cfr Mt 7, 9-11; Lc. 11, 11-13). Recordad el milagro de la muda acontecido cerca de aquí en la Plaza del Mercado: una muda hacía ostentosos gestos a San Vicente para llamar la atención; el Santo le preguntó: “*¿qué vol, bona dona?*”, ella contestó diciendo: “*Pare Vicent, demane la salut, el pa de cada día, i poder parlar*”, a lo que éste le concedió las dos primeras peticiones, pero objetó con relación a la tercera: “*més val que te quedes muda, pues, en cas contrari, la boca serà la teua perdició eterna*”, a lo que la mujer, agradecida y emocionada, dijo con toda resignación: “*Pare, faré lo que me mana*”, y perdió de nuevo el habla para siempre.

En San Vicente, la fuerza de la oración y el estudio de la Palabra le hizo descubrir y hacer propio el mandato que el Señor hace a sus discípulos: “Id y proclamad que ha llegado el reino de los cielos” (Mt 10, 7; cfr Lc 10, 9), mandato que después les repetirá, con otras palabras pero idéntico sentido, cuando está a punto de ascender a los cielos: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16, 15; cfr Mt 28, 19). Y San Vicente, por el dominio que tenía de sí mismo, lo asumió con tanto convencimiento, tanto empeño y tanta ilusión, que en él se cumplieron e hicieron realidad las consecuencias que de ello anuncia el Evangelio: “A los que crean, les acompañarán estos signos: echarán demonios en mi nombre, hablarán lenguas nuevas [...] impondrán las manos a los enfermos, y quedarán sanos” (Mc 16, 17-18; cfr Mt 10, 8 y Lc 10, 9).

* * *

Hay, finalmente, una faceta de San Vicente Ferrer que no podemos olvidar: su profundo amor a la tierra que le vio nacer. Cosmopolita, precursor del europeísmo y forjador de la unidad de España, nunca olvidó ni renegó –como algunos dicen¹⁷ de sus raíces; muy al contrario, notando cerca el fin de sus días, intentó regresar a Valencia a fin de que aquí descansaran para siempre sus restos, lo cual prodigiosamente no fue posible, entendiendo él ser la voluntad de Dios. Aun así, se cuenta que, poco antes de expirar, reunió alrededor de su lecho de muerte a los penitentes valencianos que le acompañaban, y les dijo entre otras cosas:

“Siempre ha ocupado mi patria lugar preferente en mi corazón; para ella han sido siempre mis afanes [...] mis oraciones han ido siempre encaminadas a su mayor bien y felicidad [...] ¡Pobre patria mía! [...] decid a [los valencianos] que muero dedicándoles mis recuerdos, prometiéndoles una constante asistencia, y que mis continuas oraciones allá en el cielo serán para ellos, a los que nunca olvidaré: en todas sus tribulaciones, en todas sus desgracias, en todos sus pesares, yo les consolaré, yo intercederé por ellos. Que conserven y practiquen las enseñanzas que

¹⁷ Falsa leyenda urbana, por nadie probada pero por algunos malintencionadamente difundida, de que San Vicente Ferrer se sacudió el polvo de las sandalias la última vez que partió de Valencia.

les di, que guarden siempre incólume la fe que les prediqué [...] Aunque no viva en este mundo, yo siempre seré hijo de Valencia [...] mi protección no les faltará jamás [...] muero bendiciéndoles y dedicándoles mi último suspiro".¹⁸

Acogiéndonos a estas palabras, y como ya hacían nuestros antepasados hace más seiscientos años solicitando su presencia física para apaciguar contiendas y conciencias, también hoy solicitamos su auxilio espiritual y le suplicamos:

Pare Vicent, fes-te de nou present entre nosaltres, te necessitem.

Pare Vicent, que la teua paraula torne a tronar en les nostres places, en els nostres carrers, en les nostres cases, i en els nostres cors.

Pare Vicent, tú que fores conseller de consciencies, ajuda-nos a ser llum i anunciar de veritat a Deu en el nostre entorn.

Pare Vicent, tú que fores predicador d'Europa, prega a Deu per a que esta terra recupere les seues genuines arrels cristianes i no s'aparte mai d'elles.

Pare Vicent, tú que fores un pacificador de i entre les famílies, prega a Deu per a mantindre l'unitat dels matrimonis i entre pares i fills.

Pare Vicent, tú que fores un pacificador entre els pobles, prega a Deu per a que els qui governen treballen honestament per la pau, la justicia i el be comú.

Pare Vicent, tú que fores un pacificador en l'Iglesia, prega a Deu per l'unitat de tots els catòlics en torn al sucesor de Pere, i que progresse l'ecumenisme entre les diferents confessions cristianes.

Pare Vicent, tú que sembrares la futura unitat de la nostra patria, prega a Deu nos done intel·ligència i valor a fin de no perdres en atrayents cants de sirena, per a que, en igualtat i germanor, "tots a una veu"¹⁹ pugam "ofrenar noves glòries a Espanya",²⁰ i pronte "nostra veu la llum salude d'un sol novell [on Éll siga el centre, i en les cases i entre els pobles], en el taller i en el camp, remoregen cantics d'amor [i] himnes de pau".²¹

*Sant Vicent, Sant Vicent, alta glòria,
que en València tingueres breçol,
protegix, per a eterna memòria,
ad este poble que et prega i et vol.²²*

¡Vixca València i Vixca Sant Vicent Ferrer!

¹⁸ SANCHIS Y SIVERA, J. "Historia de ...", pág. 420.

¹⁹ Del Himno de la *Comunitat Valenciana*.

²⁰ Ibid.

²¹ Ibid.

²² Última estrofa del Himno a San Vicente Ferrer, compuesto para las fiestas del V Centenario de su canonización celebradas en 1955; letra del poeta D. José María Bayarri Hurtado (Valencia, 1886-1970) y música del maestro D. Miguel Asins Arbó (Valencia, 1916-1996).